tajoso, porque aun es tiempo de que mi posicion actual, es decir, la aparente, sea la escala que me conduzca á una posicion brillante y elevada. Luis, el sueño mas hermoso de mi vida, se ha disipado; su recuerdo será un martirio lento para mi corazon. Yo no debo, no puedo amarle; si alguna vez me revela su amor, creeme, Amparo, le rechazaré; le diré que él no debe pensar en mí; heriré su amor propio para que me deteste y olvide.

—Creo que no tendrás fuerzas para tanto.

—Si la idea de un porvenir oscuro despues de descender de una posicion como la que yo he ocupado, no me siguiese á todas partes, tal vez tendrias razon; pero no, yo tengo que ser grande, tengo que ocupar en el mundo un puesto brillante, aun á costa del sacrificio de mi corazon.

—Nunca triunfa el orgullo, Magdalena!

—Todo es inútil, Amparo, estoy resuelta. No puedo, no debo, no quiero retroceder.

Estas palabras fueron pronunciadas en los momentos en que las dos amigas llegaron á la casa de la calle de.....

Así terminó la conversacion.

Los acontecimientos que siguieron despues, y que vamos á referir, os harán conocer hasta dónde contaba Magdalena con la fuerza de voluntad de que hacia alarde.

V

EN UN BAILE.

No habian trascurrido muchos dias despues de aquel en que Amparo y Magdalena hablaron en el Paseo de la manera que hemos oido, cuando tuvo lugar en esta opulenta capital un suntuoso baile á que concurrió lo mejor y mas bello de la sociedad mexicana. Los salones de la rica casa de *** ostentaban vistosas colgaduras, lujosos candelabros, preciosos jarrones en que descansaban las flores mas exquisitas, y todo aquello, en fin, que pudiera

contribuir á embellecer y aumentar el encanto de un sitio destinado al placer de una sociedad fastuosa y elegante. Pero nada era mas hermoso y seductor que aquel número extraordinario de esbeltas y hechiceras jóvenes que, ataviadas de un modo espléndido, llenaban los salones, ofuscando con el brillo de sus joyas, no menos que con el de sus ojos, el esplendor de las luces, y compitiendo entre sí por su gracia y hermosura.

En medio de aquel océano de bellezas, de luz, perfumes y armonías, estaba Magdalena, resplandeciente, encantadora, divina. Llevaba un elegante trage blanco como la espuma, primorosamente adornado del mismo color, y un rico collar de perlas. Sus negros cabellos, artísticamente entrelazados, formaban de su cabeza un precioso modelo, y las rosas de sus labios y mejillas contrastaban agradablemente con su alba frente. Magdalena era en aquellos momentos una emanacion del cielo, un sér que no podia menos que cautivar á cuantos la mirasen. Notábase, sin embargo, en su semblante, que todo cuanto la rodeaba le era indiferente, y las breves y desdeñosas frases que salian de sus labios, cada vez que algun jóven se acercaba á tributar la expresion de su admiracion

ó su cariño, indicaban bien claramente que su pensamiento estaba distante del lugar en que ella atraia todas las miradas.

Súbitamente animóse la fisonomía de Magdalena, y se la vió agitada por una conmocion extraña.

Un jóven á quien ya conocen los lectores, Luis, entró al salon.

¿Cómo habia abandonado sus antiguas costumbres, el retraimiento en que estaba? ¿qué buscaba en aquel lugar? si no pertenecia á la alta sociedad, ¿cómo se habia abierto paso hasta ella? Todas estas y otras muchas consideraciones hizo al punto Magdalena; y hubiera querido tener á su lado en aquel instante á su fiel Amparo, para descifrar entre ambas aquel enigma.

—Esta será una noche de prueba, se dijo á sí misma la hermosa; Luis buscará una ocasion de hablar conmigo, y me declarará su amor. Mi padre me ha comunicado hoy su ruina cercana; me ha aconsejado que trate muy bien á los ricos que habrán de rodearme, porque, segun sus palabras, mi porvenir depende de un enlace ventajoso. Luis, pues, no me conviene, y no debo alimentar esperanzas irrealizables. Además, ¿qué no irán á decir de mí todas aquellas que están buscando ansiosas una ocasion para zahe-

rirme, al ver que doy la preferencia en esta fiesta á un hombre que se presenta por vez primera en esta sociedad? Tal vez crean que ningun poderoso me ha obsequiado, y me menospreciarán. No, yo no debo escuchar á Luis; yo, en último caso, le trataré con la mas fria indiferencia, con un desden sin límites. Una sola palabra de amor, en sus labios, tal vez haria que abandonase yo mis propósitos; y no debo olvidar ni un solo instante que mañana tendré, acaso, que descender de mi brillante y elevada posicion actual. Dios mio! Dios mio! ¿por qué las conveniencias sociales nos hacen apagar los latidos del corazon?.....

Magdalena tuvo que hacer un supremo esfuerzo para ocultar dos lágrimas que en aquel momento venian á empañar sus pupilas.

Todavía estaba procurando disimular su emocion, cuando vió acercarse á ella á Luis, acompañado del general*** antiguo amigo de la familia de Magdalena; y cuando menos lo esperó, escuchó estas palabras:

—Magdalena, seguro de que no me desairará vd., ni al jóven Luis*** á quien tengo el gusto de presentarle, le ruego se digne bailar con él la pieza que se preludia.

—Muy bien, general, serán satisfechos sus

deseos, repuso ella sin poder ocultar su emocion.

Tras estas palabras siguieron entre los tres aquellas cansadas fórmulas de la sociedad al adquirir un nuevo conocimiento.

Si Magdalena hubiera reflexionado antes, no hubiera accedido, bajo ningun pretexto, á bailar aquella noche con Luis. Pero es vano todo empeño cuando el corazon despierta á influjo de esas pasiones que lo conmueven en la juventud. El frio cálculo no puede vencer en este caso.

Magdalena salió á bailar con Luis.

Situacion embarazosa por cierto es en la que encontramos á nuestros héroes en estos momentos. Pocos hombres hay de mediana razon siquiera, que no comprendan cuánto es vulgar y propio solamente de los jóvenes insustanciales, requerir de amores á la hermosa con quien bailan por la vez primera; y las mas de las mujeres conocen aquel pensamiento de Severo Catalina, en que dice que el amor declarado entre las armonías de una danza, se evapora con la última nota de la música.

Luis luchaba con su idea, y al mismo tiempo no queria perder una ocasion que acaso no se presentaria otra vez. Además, él lo habia arrostrado todo al concurrir á aquel baile con ese solo objeto.

—Magdalena! exclamó al fin—tras aquellos preliminares usados en casos como el presente, y despues de interrogar con la mirada á su encantadora pareja, queriendo adivinar hasta su mas íntimo pensamiento, hasta su mas leve emocion.—Magdalena, creo que no se oculta á vd. el motivo por el cual he solicitado el honor de bailar con vd. Mas todavía; creo que comprende vd. por qué me encuentro en este lugar. Jamás habia alcanzado respirar tan cerca de vd., jamás habia escuchado una sola de sus palabras; y sin embargo, me parece que vd. me conoce y me comprende.....

—Perdone vd. que le diga, interrumpió Magdalena, que me extrañan mucho sus palabras; que ignoro á qué se refiere vd. Yo le he visto, es verdad, varias ocasiones; lo recuerdo, pero.... nada mas. No sé cómo pueda vd. imaginar que comprendo yo el motivo de su presencia en este baile.

—Es vd. muy cruel, señorita! exclamó Luis lleno de confusion.

—Cruel yo? Por qué? repuso ella con una expresion dulce, coqueta, inexplicable.

—Por qué se desentiende vd. de mis palabras? Sí, Magdalena, vd. sabe muy bien que mi alma.....

—¿Acostumbra vd. tambien hacer lo que la mayor parte de los jóvenes, hablarnos de amor apenas llegan á nosotras? preguntó llena de viveza y animacion nuestra heroina.

Aquella pregunta, en vez de desconcertar á Luis, le hizo cobrar nuevas fuerzas, y responder con entereza.

—Si no estuviese yo cierto de que vd. comprende por qué me he atrevido á manifestarle mis sentimientos la vez primera que he alcanzado escuchar su voz, Magdalena, las palabras de vd. bastarian para hacerme huir por siempre de su presencia, como huiré sin duda si vd. no acoge mi ruego; pero no, vd. no puede confundirme con esa turba que la rodea constantemente: vd. tiene demasiado talento para distinguir las frases estudiadas, de los ecos del corazon. ¿Verdad que no me equivoco?

—Pero..... vd..... yo..... no sé.....

La turbacion de Magdalena, sus frases entrecortadas, la habian vendido. Brilló ante los ojos del amante la bienhechora luz de la esperanza, el amor le dió su elocuencia, le infundió valor, y..... ya cuando la danza concluia, un placer puro, infinito, bañaba su alma y se reflejaba en sus miradas.

Magdalena habia sido mas débil de lo que

hubiera sido cualquiera otra. Magdalena estaba enamorada, y en vano hubiera querido ocultarlo. Y Magdalena pronunció, no una frase que prometia la ventura para lejanos dias, sino una expresion tierna y cariñosa, dulce, acompañada de la mirada mas encantadora del mundo, que por sí sola hubiera bastado para enloquecer de contento al hombre menos apasionado. Y es que la mujer posee un encanto tal en ciertas circunstancias de la vida; sabe revestir sus frases mas breves de un poder tan supremo, de una expresion tan grata; hay en sus palabras tanta dulzura, tanto amor, que el corazon del hombre se siente débil ante ese torrente que todo lo avasalla, ante ese incendio que todo lo devora.

El amor! sentimiento purísimo que nace bajo la influencia de una mirada, y llega á dominarnos tanto, que no comprendemos la vida sin la union íntima con el alma del sér que lo ha despertado en nuestro corazon. El amor! pasion que lo hermosea y encanta todo, y sin la cual el mundo seria un horrible destierro.

¿Qué felicidad podria ser comparada á la que gozaba Luis en aquellos instantes?

VI

FLOR DE UN DIA.

Tan fácil es á una hermosa ser la llave de oro con que se abre la puerta del cielo de la felicidad, como el rayo del sol que marchita para siempre la flor de nuestros amores. El corazon de la mujer, misterioso logogrifo que en vano han querido los hombres de todos los tiempos descifrar, es la caja de Pandora de donde brotan todos los males. Las sirenas de la fábula, atrayendo con sus voces melodiosas á los navegantes para dejarlos morir